

Las reformas económicas iniciadas por la dirigencia china en 1978 constituyeron una apertura que impulsó decisivamente, aunque con algunos altibajos iniciales y la férrea oposición de la gerontocracia conservadora, el crecimiento y desarrollo del país hasta hoy. Desaparecido el presidente Mao, terminados los desastres de la Gran Revolución Cultural Proletaria por él impulsada, y liquidada la extremista Banda de los Cuatro encabezada por la viuda de Mao, el dos veces rehabilitado y veterano Deng Xiaoping, conservador en lo político y pragmático en lo económico, asumió un indisputado liderazgo que mantuvo casi hasta su muerte en 1997. Principios como “La única prueba de verdad es la práctica”, que dejaban en segundo plano las tradicionales disputas por la correcta línea ideológica, lo llevaron a enfrentar con sus aliados la pobreza y el enorme atraso de un país aislado del mundo.

Algunos pensaron que la apertura económica llevaría consigo la apertura política o que esta última era una condición para la profundización de la primera. No podían estar más equivocados: basta observar los 31 años transcurridos desde el mencionado hito reformista, en particular los dramáticos acontecimientos de mayo y junio de 1989 centrados en la plaza Tiananmen. Los entretelones de las discusiones y pugnas en el más alto nivel gubernamental, que llevaron a decretar la ley marcial y el aplastamiento cruento de las protestas de los estudiantes que reclamaban una lucha contra la corrupción, participación en decisiones y mayor libertad, han sido revelados por el entonces secretario general del partido comunista en el reciente libro *Prisionero del Estado – El diario secreto del primer ministro Zhao Ziyang*. Este dirigente, que también había sido con anterioridad primer ministro, no aceptó que los estudiantes fueran tildados de antirrevolucionarios ni que se empleara la fuerza para reprimirlos. Es impresionante observar la foto de Zhao con un megáfono cuando pide a quienes llevan a cabo una huelga de hambre en Tiananmen que cesen las protestas y se abra un diálogo. Caído en desgracia después de no ser respaldado por su antiguo camarada y amigo Deng, Zhao estuvo en arresto domiciliario sus últimos 16 años, pero logró registrar sus memorias y expresar muchas reflexiones en 30 horas de grabación clandestina sobre unos casetes de la Ópera de Pekín y de canciones infantiles. Descubiertas casualmente después de su muerte, las cintas fueron llevadas a Hong Kong y sirvieron de base para dicho libro.

Deng ha recibido en Occidente todo el crédito por las exitosas reformas económicas que han mejorado las condiciones materiales del pueblo chino y conducido el país a un desarrollo industrial y tecnológico sin precedentes. Pero hoy se sabe que un adalid de las mismas fue Zhao, gracias a su experiencia que como dirigente le permitió sacar adelante una postrada economía rural en la importante provincia de Sichuan, a su decidida lucha ya en la capital contra dirigentes de viejo y nuevo cuño opuestos a cualquier apertura económica, y a su conocimiento directo de las condiciones de la producción en el campo y en la industria, cuyo potencial había sido desaprovechado por una rígida planeación central y el pensamiento maoísta centrado en la lucha de clases como base para la disputa ideológica. En forma sencilla y convincente, Zhao presenta en el citado libro el pensamiento económico que lo llevó a defender el desmantelamiento de las comunas para mejorar sustancialmente la producción

campesina mediante ciertos incentivos contractuales; a enfrentar con decisión la tradicional ineficiencia de la economía china; a promover la descentralización para que empresas colectivas locales se responsabilizaran de ciertas decisiones; y a propiciar la industrialización de las zonas costeras mediante la política de “puertas abiertas” que facilitaría la presencia de inversión extranjera y la importación de bienes y materias primas como base para una economía orientada a la exportación, algo impensable en una país con importantes dirigentes que proclamaban la autarquía nacional. Fueron los primeros pasos de la hoy llamada economía social de mercado, pasos que habrían sido imposibles sin el apoyo de Deng.

En las reflexiones finales del libro, Zhao llega a afirmar que el futuro de China debe estar ligado a una fuerte apertura política, en especial cuando sugiere que debe implantarse en el país una democracia de tipo parlamentario. No está fuera de lugar preguntarse el porqué de esta lucha del dirigente, tanto desde sus importantes posiciones de gobierno como después en su solitario y obligado retiro, en todo momento considerado por él como ilegal y contrario a las normas establecidas después de los terribles años de purgas, reeducaciones y caídas en desgracia. Algunos señalan que Zhao intentó abrir una nueva orientación en el liderazgo chino que lo llevaría a ser el sucesor de Deng, pero es bien posible pensar que su pensamiento democrático era genuino aunque sin visos de aplicación actual. En efecto, nada más alejado de un partido comunista en el poder que un pensamiento que propicie las “libertades de la democracia burguesa”. Cuando a las protestas de los estudiantes se sumaban ya otros sectores, como periodistas que pedían menos control sobre la prensa, estaba bien claro para aquellos dirigentes que cualquier negociación llevaría a una espiral de demandas que pondría en riesgo su concepción del Estado y su perpetuación en el poder. La mejor situación económica de los últimos años ha contribuido sin duda a atenuar o silenciar aspiraciones de cambio político en el país.

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 14 de septiembre de 2009